

EL PARQUE NACIONAL DEL VALLE DE ORDESA

por

ARNALDO DE ESPAÑA

I

Descripción.

Ordesa no es, como podría suponerse prejuzgando por su designación de «valle», un espacio anchuroso y de horizontes dilatados. Es contrariamente una hendidura profunda, un lugar angosto entre paredes altísimas, una grieta del terreno, un verdadero cañón donde la vegetación, crecida con exuberancia, ha determinado un lugar selvático de enorme atractivo, donde los contrastes y rincones bellos son portentosos y abundantes.

Fué descubierto por el naturalista de Strasbourg, Ramond de Carbonniers, que entró en curiosidad al divisarlo desde la cumbre de Monte Perdido, ápice elevado a 3.352 metros sobre el nivel del mar, desde el que da la sensación de una ondulante pincelada de verdes oscuros y vigorosos, destacando en medio de los tonos pardos de los montículos de piedra que se yerguen a sus bordes en lineal circunvalación.

Su origen es torrencial, continuada la acción por la del glaciario cuaternario, suponiendo los técnicos que del macizo de las Tres Sorores bajaba un torrente que fué el que inició la erosión, por la que se deslizó después el glaciar de Monte Perdido, del que descubrió dos morrenas importantes

el maestro Hernández-Pacheco. A las últimas glaciaciones volvieron los torrentes a continuar la obra hasta llegar a labrar el valle que hoy admiramos, investido de bellezas tan absolutas, que cuantos lo visitan se deshacen en ponderaciones, estando considerado como «el lugar más bello de España y uno de los más hermosos de la tierra», siendo nota halagüeña para los españoles la de que la mayoría de esos elogios son de procedencia extranjera, nada pródiga, en general, para el reconocimiento de los méritos no propios. Las maravillas naturales que encierra le ha valido el ser equiparado al renombrado Cañón del Colorado, en América, con el que en efecto tiene indudable semejanza y al que supera por la espléndida vegetación y por la zona de altas cumbres que le rodea.

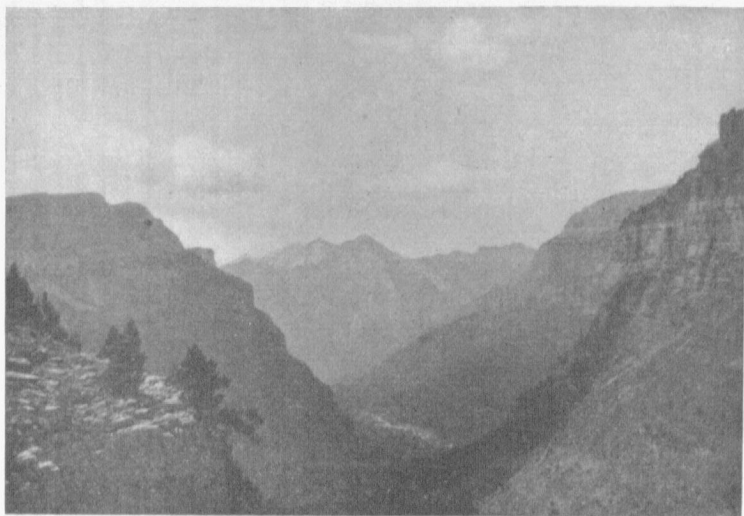
La garganta o grieta así determinada es lo que constituye nuestro segundo Parque Nacional, llamado Arrasas o Arazas por los franceses, pero que es Ordesa su nombre verdadero, y está situado en la provincia de Huesca (Alto Aragón), en pleno Valle de Broto, término municipal de Torla, entre los 2° 27' y 2° 20' longitud Oeste de París, y entre los 42° 40' y 42° 37' latitud Norte, vertiente meridional de los Pirineos, que es la española. Según el Decreto de declaración como tal Parque Nacional, promulgado en Santander el 16 de agosto de 1918, tiene por límites: «Al Norte, todo lo largo de la cúspide de las murallas que asoman al valle, desde Mondarruego a la Cascada de las Gradass de Soaso. Al Este, la Cascada de las Gradass de Soaso. Al Sur, desde esta cascada a la cumbre de las Murallas, siguiendo ésta por encima de la Faja de Pelay, mirando a Torla, al Puente de los Navarros, Sopenliana, San Guino y Mondarruego.»

Su extensión es de 15 kilómetros de longitud por sólo tres en su parte más ancha, encontrándose esta mayor amplitud entre el Circo de Cotatuero y el Pico de Diazas.

La configuración es de interrogante, como opina Rivera Gallo, y también da la sensación de la de una sanguijuela

cuando ese anélido acuático adopta una de sus características posturas cimbreantes de cuerpo blando y anilloso.

Su abundante toponimia sufre las dudas peculiares, agudizadas en esta ocasión por la circunstancia de haber sido extranjeros los que primero frecuentaron el valle y haber bautizado a su antojo los diversos sitios que visitaron, em-



Fot. M. Nacarino.

Vista de conjunto del Valle de Ordesa, hacia el Oeste.

pleando nombres de su país; después desfiguraron los verdaderos denominios locales al pronunciarlos, resultando en consecuencia un verdadero caos, que podemos reducir a su justo medio estableciendo en lo posible las palabras españolas, que deben ser las ciertas.

Para su enumeración podemos considerar tres planos de terreno, que son: el fondo del valle, las murallas ciclópeas y cresterías que lo circundan y los más elevados picos que do-

minan, aunque un poco alejados, formando zona a retaguardia, especie de tramo o segundo escalón.

Desde la entrada por el Puente de los Navarros, broche de la abertura única que tiene, y yendo de Oeste a Este por el hemiciclo, se encuentran las praderas de la Vaqueriza, del Estato o Estatons, de Ordesa y Laña de Pascual, Albergues, Casa Forestal, Llano de la Rivereta, Puente de Ordesa, con el pequeño monumento cenotafio a M. Briet, y el río Arazas u Ordesa, que da nombre al Parque, en el fondo del valle. Los barrancos de la Canal, Carriata y Cotatuero, Rivereta, Bosque de Arazas, Cubilar de las Vacas, Laña del Caballo, Pocino de Arazas y Bosques de Turieto Alto y Bajo, por la parte inferior de las vertientes de la enorme pared que lo circuye. A media altura las fajas o cornisas, únicos pasos para recorrerla, que son zonas de vegetación, formando sendas en las erosiones padecidas, siendo importantes la de Pelay, a todo largo de la pared Sur, y las de Carniceras, Arracón, los Petazales y de la Fraucata en la Norte, donde también están el Campo de San Guino, Sopeliana y Matricapón, en las faldas de Mondarruego; los Sigüerres, en las del Tozal del Mallo, y Garmo Gallinero y Bosque de Bellazán, en el Gallinero.

Sobre la muralla y en la misma orientación dicha, los Picos de Mondarruego, Tozal del Mallo, Circo de Carriata o Salaróns, El Gallinero, Circo de Cotatuero y La Fraucata, con Pico Tobacor al Norte; Circo de Soaso al Este, y la gran crestería de Diazas, con el Pueyo Mondicieto, Punta Acuta, Diazas y Duáscaro al Sur.

En el plano más retirado la culminación de la altura, y en diseminación profusa, los Picos Escuzana, Gabieto o Litro, Salaróns, Royo, Taillón, Descargador, Dedo de la Brecha, Falsa Brecha, Brecha de Roldán, Torre de Marboré y Casco de Marboré (para algunos Corral Ciego), al Norte; Marboré, Cilindro, Monte Perdido, Soum de Ramond (Las Tres Sorores) y Torre de Góriz o de Arrablo, al Este.

En macizo separado, sirviendo de foro al lado Oeste, frente al Puente de los Navarros, los Picos de Tendeñera y Otal.

Son maravillosos los contrastes de la vegetación espesa, virgen, con los descarnados de la piedra que en mogotes ingentes, riquísimos en tonos de caliza, cretácica amarillenta y roja, pizarra y asperones, toman suaves tonalidades a ciertas horas del día, de matices tan sorprendentes que dan transformaciones fantásticas al paisaje, valiendo por sí el viaje de visita. Los extranjeros que frecuentan esos lugares, por muy refractarios que se muestren al pasmo, sucumben ante esa contemplación de imágenes indefinibles, que no se hallan más que allí.

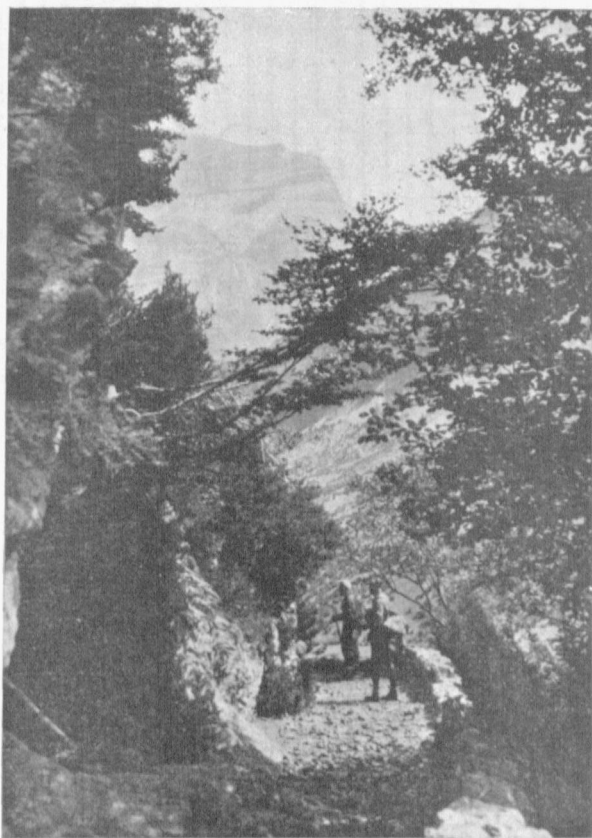
El maestro Hernández Pacheco concretó así su observación:

«Se ve, cuando el sol de la tarde dora las cumbres y alarga las sombras de los pinos, cómo los pliegues de las calizas, de las cumbres y las corroídas crestas de Tendeñera, semejan un quimérico dragón o fantástico saurio, de achatada cabeza, lomo espinoso y larga y retorcida cola, que se agarra a la montaña con sus patas anteriores, cual mitológico guardián del valle olímpico.»

Uno de los cantores extranjeros escribió esto otro:

«Faltan palabras para ensalzarlo cuando las nubes cubren los picos, destacándolos sobre el fondo blanco de las nieblas; mas su magnificencia es indescriptible a la luz del sol Levante y al día siguiente de una tempestad, cuyos relámpagos fulminantes han limpiado el ambiente. Posee entonces el aire una transparencia que parece aproximar los objetos más lejanos; se diría pintado el cielo de nuevo; las nieves presentan la blancura incomparable, y las rocas brillan cual si fueran de plata sobredorada. Todo armoniza en este mágico conjunto; las cascadas caen con aspecto diamantino; las fragosidades del terreno se difuman; atrae la luz que no conocen los Alpes del Norte, hasta el extremo de que creemos estar en otro

mundo; todos los picos, transportados e inmateriales, se elevan como una *hosanna* de gratitud que la Naturaleza eleva al



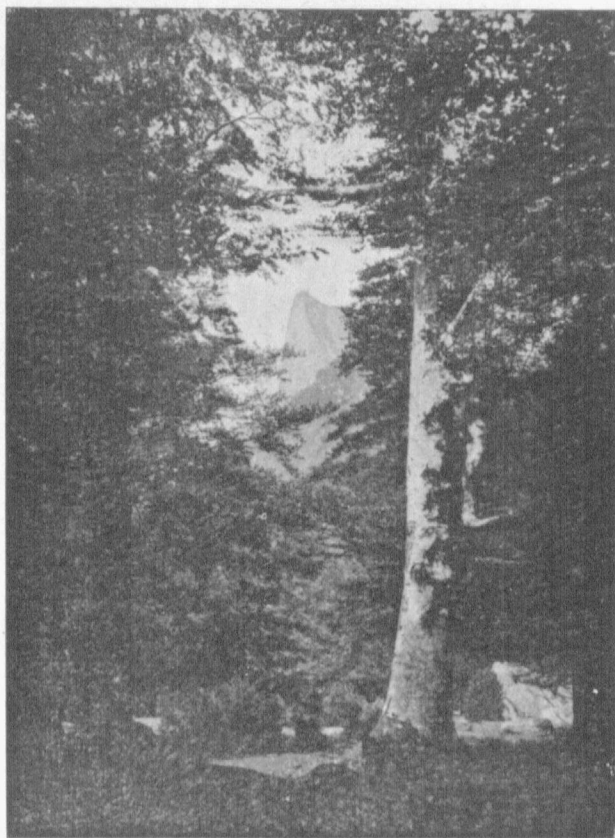
Fot. M. Nacarino.

Entrada al Valle de Ordesa, cerca del Puente de los Navarros.

«Creador en medio de las pompas de la basílica terrestre.»

Las sensaciones experimentadas por el geógrafo francés Luciano Briet, escritor grandilocuente y uno de los primeros

visitantes del espléndido lugar, quedaron eternizadas en primorosos renglones descriptivos, que son de todo interés para



Fot. Hernández-Pacheco.

Bosque de hayas en el fondo del Valle de Ordesa; al frente,
el Tozal del Mallo.

nosotros, dada la condición extranjera del autor; por eso hemos querido trasladar algunos a esta pequeña monografía,

como testimonios incontrovertibles de alto valor, que justifiquen además cuantas exaltaciones se hagan del magnífico y siempre deficientemente ponderado valle.

De la entrada de Ordesa, garganta de Bujaruelo, dijo: «Portento que debe figurar en la primera línea de las maravillas de la Naturaleza.»

De Gallinero: «Las paredes de Gallinero me dan la impresión auténtica de castillos en España hechos con todas las reglas de la arquitectura, no obstante ser obra espontánea de la Naturaleza. Cuadro uniforme y sublime; campo donde la imaginación podría recrearse ante obras sorprendentes y sexuales; teatro de alucinaciones y leyendas, iluminados por escalas innumerables de colores.»

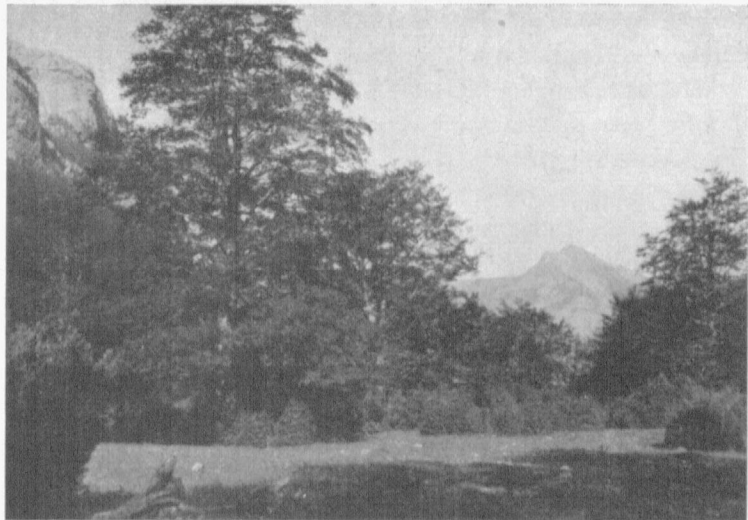
De Cotatuero: «El viajero que penetra en el fondo del circo, parece que cae en cautiverio y que le aprisionan mil lazos invisibles. Todo cuanto de agradable y de solemne puede proporcionar el silencio se disfruta en estas profundidades, que nos lo ofrecen con sencillez y dulzura exquisita. La meseta de Cotatuero me ha parecido un nido hecho con cordones de estratificaciones trenzados.»

Del paso de las clavijas: «Parece impracticable, no sólo para el hombre, sino también para los gamos y rebecos. Enganchados los cuatro miembros, como un cuadrumano, se nos figura bogar en el espacio de un modo original y agradable, sensación parecida a la que produce la aviación. Una vez alejados del riesgo, todos se felicitan de haberlo sorteado.»

De la Fraucata: «Es una verdadera acrópolis. Como verdaderamente soberana, se aísla en medio de fantásticas murallas; el espectáculo puede compararse al de un templo indio, empezado a edificar. Es un tronco de pirámide, un pedestal de proporciones más que babélicas, y que al parecer espera, con una serenidad llena de audacia, la representación en bronce capaz de simbolizar la cordillera que se extiende desde

Biarritz al Cabo de Creus. Las vetas rojizas del terreno, que se destacan como llamas de un fuego infernal de entre la espesura de los árboles, producen un efecto extraño, mas siempre interesante.»

De la vista desde los albergues: «El panorama que se abarca desde la puerta nunca será alabado cuanto merece.»



Fot. Hernández-Pacheco.

Pradería baja, matorral de boj y bosque de hayas en el Valle de Ordesa; al fondo, Tendeñera.

De las cascadas: «La del Estrecho o del Chordonal se cuenta entre las más interesantes del Pirineo. No hay temor de acercarse a esta maravilla, y precisamente en sus proximidades y bajo los enormes acantilados que la rodean es desde donde puede apreciarse el espectáculo en toda su belleza. El torrente ruge atronando los oídos; flota la espuma finísima, agitada por el viento constante, y dentro de su ambiente hú-

medo se experimenta la sensación de haber caído sepultado para siempre en el fondo de un abismo, palacio del diluvio, sin otra esperanza para volver al mundo que la contemplación en lo alto de un jirón de cielo inaccesible.»

De la Faja de Pelay: «Es un tabor donde los Pirineos se transfiguran y donde el alma humana se conmueve bajo el aliento creador del Eterno.»

Del río Arazas: «Es tan límpido y tan puro, que pueden contarse sin esfuerzo los guijarros de su lecho.»

Del valle en general: «De un confín a otro, el conjunto desafía los conceptos más extravagantes del ingenio humano. En el Valle de Ordesa se encuentran reunidos los aspectos más variados en gradaciones marcadas de vigor, de tonalidades de color, de gracia y de belleza. ¡Cuántas veces, tendido sobre la pradera, verdaderamente extasiado, con la beatitud infinita a que se inclina nuestro espíritu fatigado de la existencia terrenal, he soñado, reconcentrado en mí mismo, ante este palacio de la Naturaleza, cual si me encontrara en el seno de Dios! El mayor interés del Valle de Ordesa consiste en los términos con que recuerda, no por su extensión, pero sí por sus colores y por su estilo, la arquitectura bélica de los cañones más renombrados de América. Produce sensación de sorpresa especial que arrebatara, que lo constituye en una maravilla aparte con su sello propio e inconfundible. Olvidé los ciclos geológicos, las evoluciones subterráneas, la labor nunca interrumpida de la dinámica terrestre, dejando satisfecho mi espíritu con haber reconocido el lugar sublime del Valle de Ordesa.»

Y eso es ciertamente nuestro segundo Parque Nacional: un portento imposible de bien definir. Ni la oratoria con sus recursos retóricos y perifrásticos, ni la escritura con sus disponibilidades de símiles y cantidad de palabras que le dan los lenguajes, ni lo gráfico con la pintura, la fotografía y el dibujo, pueden dar la verdadera sensación de lo que es Or-

desa, pues es difícil describir el momento de armonía en que convergen tantas bellezas como lo son las perspectivas del valle, con sus paredes altísimas; los colores vigorosos de sus bosques, con todos los matices imaginables; los descarnados de sus crestas, emergiendo de la espesura de los árboles en contraste rudo como el del cuello desnudo de un buitre apareciendo rojizo entre la pompa de su collarín de plumas, las manchas de plata de los glaciares y neveros y la bermeja de los asperones; la polifonía del campo elevándose hasta el infinito como una alabanza briosa a la Naturaleza, madre de todo, y sobre ello el magnífico sol de España, espolvoreando de oro y púrpura el conjunto, con los tibios rafagones de su postrer energía al final de cada tarde...

Es imposible dar esa sensación en acertada forma, hay que verlo, contemplarlo personalmente, y así elevamos votos fervientes para que alguna vez se decida todo el mundo a verificarlo, dando una prueba de amor a nuestro patrimonio natural, un espectáculo sedante a los sentidos, y lo que es más laudatorio todavía, cumpliendo una obligada cortesía de ciudadano y patriota.

II

Otras particularidades del Valle de Ordesa.

RÍOS

Arazas u Ordesa.—Da nombre al valle y recorre toda su extensión en sentido Este-Oeste, bajando del Circo de Soaso, uniéndose al Ara a los 1.090 metros de altitud, cerca del Puente de los Navarros, y vertiendo en el Cinca.

Cotatuero.—Principal afluente del anterior, desciende por la muralla Norte, desde el Circo de Cotatuero, y sigue el ba-